

LOS POETAS COLOMBIANOS

JOSE EUSTASIO RIVERA

Escribe: EDUARDO CARRANZA

*Soy un grávido río, y a la luz meridiana
ruedo bajo los ámbitos reflejando el paisaje
y en el hondo murmullo de mi audaz oleaje
se oye la voz solemne de la selva lejana.*

*Flota el sol entre el nimbo de mi espuma liviana;
y peinando en los vientos el sonoro plumaje,
en las tardes un águila triunfadora y salvaje,
vuela sobre mis tumbos encendidos en grana.*

*Turbio de pesadumbre y anchuroso y profundo,
al pasar ante el monte que en las nubes descuella
con mi trueno espumante sus contornos inundo,*

*y después, remansado bajo plácidas frondas,
purifico mis aguas esperando una estrella
que vendrá de los cielos a bogar en mis ondas.*

Con éste, tan expresivo y esencial, como desigual en la calidad de los versos, se abre la colección de sonetos que José Eustasio Rivera llamó "Tierra de Promisión". Pero es también este soneto una especie de cédula de identidad poética. Allí está, a media agua del verso, la estética de Rivera.

El alma del poeta es como un río. El río se desliza cara al cielo. El río va reflejando el paisaje: criaturas del aire y de la tierra. Y las devuelve en su poesía, investidas de su más lujosa externidad, de su más brillante condición. El paisaje, en esta poesía permanece exterior al poeta y al corazón del lector. Es eso exactamente: paisaje, contorno, naturaleza ornamental. En algunos otros poetas americanos posteriores al modernismo —Vallejo por ejemplo— la naturaleza circula entrañablemente como una sangre por la creación poética. Como circula, digamos, un beso por la sangre de un hombre. La poesía de Rivera refleja el mundo impávidamente como un espejo.

Ninguno entre los poetas colombianos expresa tan cabal y gallardamente los designios del modernismo en su dirección parnasiana como José Eustacio Rivera. Sus versos están más cerca de la música y de la plástica que de la nebulosa zona de lo temporal y lo patético en donde suele apoyar la lírica su planta transparente. Poesía más espacial que temporal. Comparemos en rápida asociación la estética de Silva y la de Rivera. La palabra poética del primero vive en el tiempo y de él se nutre. La palabra poética del segundo vive en el espacio y en él hinca sus raíces.

La obra poética de José Eustasio Rivera ocupa de todos modos un sitio singular y diverso en nuestra historia literaria. En lo que a la temática se refiere podríamos hallarle un antecedente en Gutiérrez González cantor de las —en la decimonónica centuria— soledosas tierras antioqueñas, de sus sonantes ríos y de la “Espigada tribu” del maíz. Y en lo que alude a la cobertura formal, a la estética del verso, sería su antecesor don Diego Fallón, el de las lisas, pulidas y lucientes estrofas a la luna.

Sin embargo, al advenimiento de Rivera, dos sucesos de calidad esencial habían ocurrido en Hispano-América: de una parte, el triunfo de la estética modernista de filiación francesa, con Darío, Valencia y Lugones; de otra, el descubrimiento que —en cierto sentido— para la poesía, realizara Chocano, de la romántica naturaleza americana. Es de frecuente ocurrencia aparear los nombres de Rivera y Chocano, establecer entre ellos similitudes y correspondencias. No puede ponerse en duda el influjo suscitador del peruano sobre los sonetos tropicalistas de nuestro compatriota. Pero lo que fuera desatada vena, espumosa fluidez, elocuencia torrencial, fatídico entusiasmo y énfasis pseudo-sublime en el poeta de “Alma de América”, se resuelve en rigor meditabundo, gentileza lineal, metálico esplendor y minuciosa elaboración en el poeta de “Tierra de Promisión”. En Chocano latía un alma romántica apenas ligeramente contenida por el “modernismo” ambiente; actuaba en él una estentórea musa urgente y desigual. En cambio, los propósitos capitales de la poesía de Rivera coinciden con la estética difícil del Parnaso. Su instrumento de expresión es, precisamente, ese duro y bello artificio que es el soneto: y no el blando soneto neo-simbolista a lo Juan Ramón Jiménez sino el marmóreo y conclusivo soneto a lo Heredia. Pertenece, lo repito, más a la plástica que a la lírica. Los trece primeros versos avanzan en breve y apretada falange izando en lo alto, como un relámpago, el verso catorceno. Realiza el ideal de Valencia cuando anhela el soneto “De ancha cabeza y resonante cola”.

Su tema constante, reiterado, casi único, es el paisaje: color, temperatura, sensualidad de la línea: lánguidas vegas del Huila, llanos de Casanare, con su fauna exótica y su flora delirante. Los versos de “Tierra de Promisión” son, leídos uno a uno, a menudo casi perfectos. Poseen una impávida y desafiante belleza. Sólo que “por desgracia el límite entre su estética y su retórica permanece siempre un poco impreciso y la hermosura independiente de cada verso, en sus poemas, da una noción más franca de depuración que de pureza”.

Domador lúcido de arduidades verbales, estricto jinete del idioma, acuñador de metáforas deslumbrantes, poeta consciente, nítido del color

y de la luz, José Eustasio Rivera no dejó sucesión estimable en la poesía colombiana. Cabe anotar, asimismo, que los inevitables influjos contemporáneos prestan a los versos de Rivera una agilísima plasticidad y, a veces, una tenue humedad romántica, un encanto lírico e intimista visibles, por ejemplo, en sonetos como aquel "A la golondrina", tan bellamente nostálgico. Pero, en general, sus sonetos más que música de alma, de alas y palabras, son un friso bruído y palpitante del paisaje tropical.

La obra poética de José Eustasio Rivera, corta y anhelante de cristalina perfección, se alza en el paisaje de la lírica colombiana como una breve colina de diamante.

LA PALOMA TORCAZ

*Cantadora sencilla de una gran pesadumbre,
entre ocultos follajes, la paloma torcaz
acongoja las selvas con su blanda quejumbre,
picoteando arrayanes y pepitas de agraz.*

*Arrurruúuu... canta viendo la primera vislumbre
y después, por las tardes, al reflejo fugaz,
en la copa del guáimaro que domina la cumbre
ve llenarse las lomas de silencio y de paz..*

*Entreabiertas las alas que la luz tornasola,
se entristece, la pobre, de encontrarse tan sola;
y esponjando el plumaje como leve capuz,*

*al impulso materno de sus tiernas entrañas,
amorosa se pone a arrullar las montañas...
y se duermen los montes... ¡Y se apaga la luz!*

LOS POTROS

*Atropellados, por la pampa suelta,
los raudos potros en febril disputa,
hacen silbar sobre la sorda ruta
los huracanes en su crin revuelta.*

*Atrás dejando la llanura envuelta
en polvo, alargan la cerviz enjuta,
y a su carrera retumbante y bruta
cimbran los pindos y la palma esbelta.*

*Ya cuando cruzan el austral peñasco,
vibra un relincho por las altas rocas;
entonces paran el triunfante casco,*

*resoplan roncros, ante el sol violento,
y alzando en grupo las cabezas locas
oyen llegar el retrasado viento.*

EL TORO

*Lóbrego, en alta noche, a paso lento
regresa un toro por la pampa umbría;
y, husmeando el mustio pajonal, confía
vagos mugidos al miedoso viento.*

*Torvo, bajo el moriche corpulento
afilando las astas, extravía;
y al fin, en la estrellada lejanía,
surge como borroso monumento.*

*Absorto en las ilímites sabanas,
mira radiar las pléyades cercanas
sobre las sienes del palmar suspenso...*

*Después, hondo bramido de amargura,
brusco silencio en la majada oscura,
temblor de estrellas en el orbe inmenso!*

LA GOLONDRINA

*Tornando de la zona ultramarina
sobre la leve ráfaga de enero,
hoy ante el muro del pajizo alero
empezó a revolar la golondrina.*

*Trémula, en vano, con el ala endrina
roza las grietas, y, al fulgor postrero,
eleva su reclamo lastimero
en la oquedad de la ventana en ruina.*

*Punzada por la triste cantilena
vi que la tarde se nubló de pena;
y cuando el ave tras el bien perdido*

*rasgó el azul del horizonte claro,
contagiada del mismo desamparo
mi alma también atardeció de olvido.*

LA CIGARRA

*Vibradora cigarra: con tu lírico empeño
los veranos cantabas en la azul lejanía,
y al temblor de tus alas resonantes, fulgía
todo el sol en mis ojos y en el valle risueño.*

*Y callabas al verme por el linde pampeño
divagar, cuando al rayo moribundo del día,
con las blondas palmeras que la tarde mecía
tuve amores, y el llano me enseñaba el ensueño.*

*Hoy que lánguidas brumas se vistió la pradera,
algo espera mi alma sin saber lo que espera:
¡que el sol brille, que vuelvas y en la luz te remontes!*

*Ni siquiera un celaje sobre el páramo eterno...
Como tú ya no cantas, ha venido el invierno
y las mudas neblinas encanecen los montes.*
